

Ramirez (Ignacio)

FRAGMENTOS

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan Natura y el Acaso?

Cuando agotado por la edad le veo,
Sólo en las manos de la sábia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.

¡Cárcel es y no vida, la que encierra
Sufrimientos, pesares y dolores,
Ido el placer! ¿la muerte á quién aterra?

Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza;

Nací sin esperanza ni temores,
Vuelvo á ti sin temores ni esperanza.

*
* *

Anciano Anacreon, dedicó un día
Un himno breve á Vénus orgullosa,
Solitaria bañábase la diosa
En ondas que la hiedra protegía.
Las palomas jugaban sobre el carro,
Y una sonrisa remedó la fuente,
Y la Fama contó, que ha visto preso
Al viejo vate por abrazo ardiente,
Y las aves murmuran de algun beso.

A.....

Cuando en brazos de Abril sale la aurora
El *ahuehuet* canoso reverdece,
La yerbezuela tímida florece
Y su partida Lucifer demora.

Y al contemplarte j6ven, seductora,
La sonrisa en los lábios aparece,
El amor en los ojos resplandece
¿Qué corazón temblando no te adora?

Dichosa juventud, que puede osada
Sorprenderte, bajarte de tu altura,
Y con rosas llevarte encadenada.

Acepta esta efusion ardiente y pura;
Me detengo á las puertas de la nada
Por celebrar, amiga, tu hermosura.

AL AMOR

¿Por qué Amor, cuando espiro desarmado,
De mi te burlas? Llévate esa hermosa
Doncella, tan ardiente y tan graciosa,
Que por mi oscuro asilo has asemado.

En tiempo más feliz, yo supe osado
Extender mi palabra artificiosa
Como una red, y en ella, temblorosa,
Mas de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
Cobardes atacándome en gavilla;
Y libre yo, mi presa al aire entrego.

Al inerme leon el asno humilla:
Vuélveme, Amor, mi juventud, y luègo
Tú mismo á mis rivales acaudilla.

Roa Bárcena (José María)

FUNDACION DE MEXICO

A MI AMIGO EL SEÑOR DON ANGEL NUÑEZ

I

Despues que el extraño yugo
Que en sanguinaria la trueca
Rompióse, á la tribu azteca
Dejar á Ixtacaleco plugo.

(1) El Sr. Don José María Roa Bárcena publicó en el año de 1862 un tomo de Leyendas Mexicanas, sobre hechos históricos acaecidos ántes de la conquista, y creemos que esa coleccion, con algunas de las composiciones del mismo carácter publicadas por Ortega, Rodríguez Galvan y Pesado, servirán más tarde de base al *Romancero nacional mexicano* para cuya obra mucho han trabajado y trabajan varios jóvenes poetas cuyos nombres figuran en este volúmen.

Hacia el Norte se adelanta
 Como por instinto vago,
 Y en una roca del lago
 Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas
 De espina que la resguarda,
 Posaba un águila parda,
 Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,
 La onda y el águila grave
 Y áspid inquieto que el ave
 Con pico y garras domeña.

Ve coronado su intento,
 Que son la señal, en suma,
 De que pondrá en esta espuma
 De una ciudad el cimiento.

En insólita alegría
 Trocados ya sus pesares,
 Fama es que en rudos cantares
 El pueblo azteca decia:

II

CORO

Cumplióse del Númen
 La oferta sagrada,
 Y á nuestra jornada
 Aquí damos fin.

Del lago tranquilo
 Serán los espacios
 Ciudad de palacios,
 Eterno jardín.

UNA VOZ

¡Qué bien que retrata
 La clara laguna
 La luz de la luna
 Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE

Se erija á Mexitli
 Altar en la roca:
 Si el pueblo le invoca
 Dará nos favor.

OTRA VOZ

Mereced á la industria
 Que doma elementos,
 En la agua cimientos
 Pondremos al fin.

CORO

Del lago tranquilo
 Serán los espacios
 Ciudad de palacios,
 Eterno jardín.

III

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y también pobres cabañas
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guátimoc vencida.

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendon de Cárlos quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mista
Que á la colonia conquista
De libre nacion los fueros.

Despues, en ódio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina de este hemisferio!
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaiven de sus temblores.

Rodriguez y Cos (José María)

MUERTE DE ABEL

¡Cuán hermoso es Abel! Su cabellera,
En mil bucles de oro derramada,
Presta al iris azul de su mirada
La majestad que en ésta reverbera.

Un cándido cordero condujera,
En cuya nívea frente coronada,
Se columpia una rosa perfumada
Que en primicias le dió la primavera.

Sobre un peñasco luego deposita
La hermosa ofrenda que el Señor recibe
Del que en cumplir su voluntad se afana;

¡Ay! sobre Abel, Cain se precipita
Le dá la muerte y con su envidia escribe
El primer crimen de la historia humana.

EL CADÁVER DE ABEL

Miradle: Hundido en almohadon de grama,
Empapado en su sangre purpurina,
Yace Abel, con la rosa matutina
Que aún su esencia en derredor derrama.

Eva le encuentra, é hijo mio clama,
Y hácia su róstro con amor se inclina,
Y besa aquella frente peregrina,
Y una vez y otra aún ¡hijo! le llama.

¡Silencio! La infeliz... no... aún no entiende
Que son de Abel no más que los despojos...
Y le levanta tímida... le extiende

En su regazo. Con sus lábios rojos
Abre sus lábios; todo lo comprende,
Y las lágrimas saltan de sus ojos.

Rodriguez Rivera (Ramon)

TROPICAL

I

Truena la tempestad, oscuro cielo
En lluvia y rayos se deshace airado
Y alumbran los relámpagos el suelo,
Y ruge el huracan desenfrenado.
Se amontonan las nubes, se enfurecen,
Y arrojan sin piedad hora tras hora
La muerte y destruccion con que se mecen
En la eléctrica chispa destructora.
Y se chocan, y luchan á millares,
Amenazando con furor la sierra,
Y embravecidas se unen con los mares,
Haciendo el trueno estremecer la tierra.
Airado el viento con tenaz bravura

Llega en su furia á arrebatarse las rocas,
 Y se arrastra en indómita locura
 Lanzando ahullidos sus enormes bocas.
 Todo lo arrastra, los destruye todo,
 Y con ruido infernal, por las pendientes
 De la barranca, hasta el revuelto lodo
 Descienden á mezclarse los torrentes.
 Y las fieras se acojen á las grutas,
 Y en las grietas se ocultan los jilgueros,
 Y caen al par de sazonadas frutas
 Los peñascos rodando á los senderos.
 Y á la siniestra luz que centellea,
 Despeñarse se vé de las montañas,
 Como al fulgor de cineraria tea,
 Las plantas y ganados y cabañas.
 En suicidio eternal las aguas bajan
 Buscando tumba en el profundo abismo,
 Y cedros y palmeras se desgajan,
 Y en ayes rompen su eternal mutismo;
 Las olas encrespadas y espumosas
 Se estrellan sin piedad contra la playa,
 Y se rasgan temibles y rabiosas,
 Y á su eterno rugir el mundo calla.
 Negro, muy negro el cielo, amenazante,
 Lanza solo su rayo tremebundo,
 Y el terrible huracan, negro gigante,
 Ronco amenaza desquiciar al mundo.
 De destruccion el génio vuela, en tanto
 Que su mirada audaz relampaguea,
 Y de nieblas y rayos con su manto
 Al mundo entero con furor flamea.
 Sobre el bridon del austro cabalgando

El igneo polvo en su correr levanta,
 Y negras nubes á sus piés rodando
 Sienten el peso de su férrea planta.
 Contrae su lábio la infernal sonrisa
 Al ver que la materia se destruye,
 Mas llega el ángel de la luz, y aprisa
 Tiende sus alas con espanto y huye.

II

Cesó la tempestad, blanquizeas nubes
 Que calman los ardores del estío,
 Flotan como bandadas de querubens
 Y copos de algodón en el vacío.
 La blanca luna entre celajes brota,
 Y brotan las estrellas y luceros
 Que hacen brillar la cristalina gota
 Suspendida en los altos cocoteros.
 Los bosques de sonantes platanares
 Sacuden con rumor las anchas hojas
 De donde caen las gotas á millares
 Sobre silvestres florecillas rojas.
 Fresca la brisa á acariciar empieza
 Los mangos y cafetos y cañales,
 Y murmura al rozar la alta maleza
 O al perderse en revueltos carrizales.
 Se abren de los naranjos blancas flores
 Exhalando perfumes que adormecen,
 Y de canoras aves de colores
 Los blancos nidos con amor se mecen:
 Las luciérnagas pasan brilladoras,

Y los cocuyos lanzan sus destellos,
 Y el grillo y la cigarra vibradoras
 Lanzan sus cantos, por salvajes bellos.
 Y el arroyuelo manso culebrea
 Por entre el césped murmurando amores,
 Y sobre el márgen que el sauz sombrea
 Salpica y hace renacer las flores.
 Brota la yerba, los planteles crecen,
 Germina el grano, se madura el fruto,
 Y las espigas de oro se estremecen
 Bajo el peso estival de su tributo.
 Todo se mueve y la deidad del campo
 Al regar las semillas, á su espalda
 Deja de su alma á la campiña un lampo
 Cuando la roza su flotante falda.

1873.

EL LABRADOR

El gallo canta, el labrador despierta,
 Y alegre el tibio lecho abandonando,
 Mira perderse el matinal lucero,
 Y al incansable buey unce el arado
 Que abre los surcos de fecunda tierra.
 Gustoso apura el líquido regalo
 De blanca leche tibia y espumosa,
 Que le ofrece en su fuente derramando,
 La humilde madre del soberbio bruto.
 Su luz difunde por los aires claros
 La blanca aurora que en Oriente asoma,
 Y al colorar los montes y los prades,
 Despierta á bulliciosas avecillas,
 Que alegres cantan al mirar de blanco
 Y de fuego teñido el horizonte,
 Cual lluvia de oro suspendida en lo alto
 Por la carrera que en su curso sigue
 El que la luz eclipsa de los astros.
 Tras la yunta que al gélico rocío

Va en riachuelos tornando el lento paso,
 Sigue el labriego que el hogar dejára,
 Su esperanza en la fé depositando;
 Que el premio encuentra el que en la madre tierra
 Deposita su amor y su trabajo.

Sin dar ya sombras, por el éter puro
 Flota bañando de candentes rayos
 El refulgente luminar del día,
 El astro rey de los millares de astros.
 La frente humedecida por las gotas
 Que fertilizan el inculto llano,
 El labrador el grano deposita
 Entre los surcos que trazó el arado:
 De allí verá brotar plantas y flores
 Con los frutos que dulces, sazonados,
 Serán el alimento de sus hijos
 Y llenarán la choza y el cercado;
 Por eso, alegre el labrador, no siente
 La lluvia estiva ni el fugaz verano.
 Llega la madre de sus tiernos hijos
 Llevando el refrigerio á su trabajo,
 Y el sencillo manjar, dulce y sabroso,
 Recibe con placer de entre sus manos;
 Luego á la sombra, respirando el fresco,
 Al pié de un árbol quedan reclinados
 Sobre la alfombra de mullido cesped
 En su dicha y su amor siempre soñando.
 Con más firmeza á levantarse vuelve,
 Y de nuevo comienza su trabajo,
 Contento el corazon, tranquila el alma,
 Y la conciencia exenta de cuidados,

Que el ángel bueno sin cesar le guía,
 Que huye á sus ojos el arcángel malo.

Ya el sol declina, resplandecen tibios
 Sobre el Citlaltepétl pálidos rayos;
 Y vuelve el labrador á la cabaña
 En busca de su sueño y su descanso;
 Besa á sus hijos y á su esposa besa,
 Que á recibirle salen á su paso,
 Y al guarda fiel de su cabaña toca
 Acariciando con callosa mano,
 Y sin temor, tranquilos saborean
 El blanco queso y el cabrito asado.
 Entre tanto, las aves se recogen,
 Trinando alegres en los verdes ramos
 Del cedro embalsamado, donde cuelgan
 Sus nidos de bejuco entrelazado,
 Y el buey dormita entre la paja seca
 Ó está rumiando en el cubierto establo.
 De gracias la oracion en coro entonan
 Al Hacedor de todo lo creado,
 Y el ángel de los sueños se desprende
 Del alto cielo hasta llegar al campo,
 Cubriendo con sus alas la cabaña
 Para impedir la entrada á los cuidados.

Manto de sombras la callada noche
 Tendió en silencio por el monte y prado,
 Y el génio de los campos con sus alas,
 De húmedas gotas y perfumes raros,
 De brisas vagarosas do la luna
 Difunde melancólica sus rayos,

Al rozar mansamente las colinas,
 Hace brotar el germinante grano,
 Y crecer los retoños y plantelcs,
 Y cubrirse de fruto los sembrados,
 Mientras que duerme de inocencia el sueño
 El laborioso labrador cansado.
 ¡Bendita esta existencia encantadora!
 ¡Dichosa vida la que dan los campos!

1872.

Rosas (José)

¡QUIÉN PUDIERA VIVIR SIEMPRE SOÑANDO!

Es la existencia un cielo,
 Cuando el alma soñando embelesada,
 Con amoroso anhelo,
 En los ángeles fija su mirada.
 ¡Feliz el alma que á la tierra olvida
 Para vivir gozando!
 ¡Quién pudiera olvidarse de la vida!
 ¡Quién pudiera vivir siempre soñando!

En esta estrecha y misera morada
 Es un sueño engañoso la alegría;
 La gloria es humo y nada
 Y el más ardiente amor gloria de un día.
 Afan eterno al corazón destroza
 Cuando los sueños ¡ay! nos van dejando.